

iii LAICOS !!!

Experiencia de un Encuentro

Cuando una mujer queda embarazada, en un principio, ni ella misma es consciente de ello. Tiene que pasar un poco de tiempo para empezar a darse cuenta de que algo está pasando en su cuerpo. Normalmente, son síntomas imperceptibles desde el exterior. En toda la naturaleza ocurre lo mismo. Un frondoso árbol centenario que aparentemente parece no sufrir cambios, de pronto un buen día se descubre que, de un lado de su tronco, una pequeña grieta deja pasar un mínimo brote, indicando que su savia interior se ha dirigido al proceso de crecimiento de una nueva rama.

El pasado mes de junio, del 1 al 7, se ha celebrado en **Claraval el III ENCUENTRO INTERNACIONAL DE LAICOS CISTERCIENSES**. La Fraternidad de la Granja de San Bernardo de Claraval ha organizado el evento. Unos laicos con infraestructura mínima -casi precaria- han acogido a unas 120 personas por espacio de siete días, y hemos podido constatar que más allá de los medios materiales, está la voluntad de acoger "*al que llega como al mismo Cristo*", poniendo en la vida lo que dice San Benito. Más allá de las comodidades habituales y de la tecnología punta, están la sencillez en el servicio, la atención en la bienvenida, la alegría en el trabajo, el regalo de su tiempo y su esfuerzo para que todos estuviéramos bien y, sobretodo, dejando espacio amplio para que el Espíritu hiciera su labor con lo poco que cada uno de nosotros puede aportar.

Descubro un sentido especial, al menos así lo veo, en el hecho de que tras el primer encuentro en Quilvo (Chile) y el segundo en Conyers (USA), el primero que se celebra en Europa sea concretamente en Claraval. Por un lado, desde el punto de vista histórico, en la expansión de la espiritualidad cisterciense, Claraval tuvo un importante papel. Por otro lado, y entendiéndolo que el Espíritu sopla donde quiere y cuando quiere, en Claraval no hay una gran abadía con una acogedora comunidad de monjes que pueda dar la bienvenida a los laicos. En Claraval -hace unos años- unos laicos se sintieron llamados a continuar ahondando en la espiritualidad de Bernardo de Claraval después de las representaciones teatrales veraniegas celebradas con motivo del centenario de su nacimiento. Y, un dato más, la Fraternidad de la Granja de San Bernardo de Claraval se reúne habitualmente en el lugar donde estuvo una antigua granja de hermanos conversos, aquellos hermanos que vivían en el mundo y en el monasterio. En ese mismo lugar nos hemos reunido estos días de Encuentro. Pueden ser casualidades pero el camino siempre está hecho de casualidades con sentido.

La experiencia de haber vivido este Encuentro de Laicos me ha aportado la certeza de que el Espíritu voló bien bajo en Claraval, tan bajo y tan cerca que, más que volar, caminó entre nosotros, con nosotros.

Siete días de encuentro de unas ciento veinte personas, de las cuales una veintena aproximadamente eran monjes y monjas de diferentes monasterios que se animaron a participar con los laicos, desde una dimensión de cercanía y respeto, que son perfectamente compatibles cuando se vive el carisma cisterciense entendiéndose como una misma familia. Nuestro abad general, Dom Bernardo Olivera, ha estado en el Encuentro desde la acogida hasta la despedida, con una calidad y calidez de cercanía, atención y cuidado que no han pasado desapercibidos. La comunidad monástica de Citeaux ha estado presente diariamente, con su abad, Dom Olivier Querandel, Fr. Bernard -que animó los cantos en todas las oraciones y eucaristías- y otros hermanos que a lo largo de la semana se hicieron presentes acompañando y compartiendo.

Laicos de muy diferentes nacionalidades (Chile, Estados Unidos, Irlanda, Holanda, Bélgica, Alemania, Polonia, Suiza, Francia, España, Camerún, Marruecos, Indonesia, Filipinas, Nueva Zelanda... ¡espero no olvidarme de ninguno!); tres idiomas -francés, inglés y español- para vivir en comunicación, tanto en las presentaciones, conferencias, celebraciones litúrgicas, etc., como en el compartir diario: desayunos, comidas, cenas, charlas en pequeños grupos, y ratos de encuentro. Que no nos asusten los idiomas. No son un problema si la voluntad y el deseo de todos es comunicarse y compartir, se crean los medios para que eso se lleve a cabo. Las traducciones simultáneas han corrido a cargo de los mismos asistentes, tanto laicos como monjes. Las palabras y los gestos ayudan al entendimiento y estos no son más que herramientas de un idioma mayor que es el amor. Así ha sido en Claraval.

El día siguiente a la acogida fue un tiempo tranquilo, propiciando el silencio y el encuentro después de las oraciones, en las comidas, etc. El obispo de Troyes, Mgr. Marc Stenger, diócesis a la que pertenece Claraval, presidió la eucaristía y nos dirigió unas palabras de envío, haciendo presente a Bernardo de Claraval que, según dijo, *"encarna de manera particularmente remarcable la figura- aparentemente paradójica- del contemplativo-apóstol"* y que fue *"un gran mensajero del amor de Dios. Amor que proyecta su luz en la vida de los hombres, invitándoles a descubrir la verdad de lo que son y también a amar su personalidad, porque Dios así lo ha permitido"*.

Después de la oración de Nona (14:15 h) el abad de Citeaux, Dom Olivier, en su conferencia "La diaconía cisterciense" nos adentró de forma sencillamente magistral, en la idea del servicio. Jugando con las palabras **SERVIRE, INVICEM, SOLATIUM** y **MANDATUM** nos llevó de la mano en un recorrido que va del *"servir al Señor"*, al *"servicio fraternal"* que se convierte en *"ayuda, alivio, consuelo"* y se concreta en hechos, haciéndose visible en *"actos de indudable valor evangélico"*, como es **lavar los pies**.

Durante toda la tarde de este segundo día, en silencio, hubo adoración permanente del Stmo. Sacramento en el Oratorio. Un tiempo de oración para pedir al Espíritu Santo su presencia y su guía a lo largo de las actividades del encuentro, un tiempo de ponernos en sus manos para que su obra se realizara a través de nuestras pequeñas obras.

En los días posteriores -de viernes 2 a lunes 6 de junio- la estructura del horario fue la siguiente: **Vigilias** (4:00) a la que sólo podían asistir quienes vivían cerca de la Granja de Claraval, ya que la mayoría residíamos en pequeños pueblos de la zona que, aún estando cerca, necesitábamos ser trasladados en vehículos. Como no teníamos posibilidad de "siesta monástica" ya que pasábamos todo el día en la Granja, la verdad es que levantarse a tan temprana hora no hubiera resultado "práctico-realista". A las 7.00 **Laudes** seguido de la Eucaristía, preparada cada día por un grupo lingüístico. A las 8.15 h. desayuno y a las 9:00 h... ¡Hora de trabajar!... El comité Internacional de Laicos presenta el programa a seguir y a los representantes de las Fraternidades. Durante dos días, un tiempo en la mañana y otro en la tarde, los coordinadores y representantes de las diferentes Fraternidades presentes fueron compartiendo su experiencia: quienes son, cómo empezaron, qué les anima a seguir, cómo se organiza, qué echan de menos, que dificultades tienen y características concretas de cada fraternidad.

Oír a quienes viven en diferentes países y culturas expresando su vivencia de pertenencia a una misma familia -la cisterciense-, cómo sienten la vinculación a las comunidades monásticas, cómo quieren seguir avanzando en el camino de la oración, la *lectio*, la sencillez y simplicidad de vida, el sentido del trabajo y la acogida al otro; escuchar atentamente las mismas palabras que resuenan por dentro y que reconoces como propias; descubrir cómo el mismo carisma se ha ido esparciendo en el corazón de personas y fraternidades que viven en "el mundo exterior" y que son acogidas por comunidades monásticas que van entendiendo -por lo evidente- que el carisma cisterciense no es privativo de los que viven dentro del claustro, que la vida monástica cisterciense tiene un mensaje para los laicos y que, además, parece que la clave está en vivirlo juntos, desde el respeto, el cuidado y mutuo enriquecimiento; haciéndolo llegar a otros que todavía no lo conocen, ya que nuestra vida de laicos y nuestra presencia en el mundo no son obstáculo para vivir en comunión unos con otros.

Reunidos de nuevo para la oración de **Sexta** (12:00 h) y después a compartir rica comida y amena charla en los tres idiomas habituales; luego un rato de descanso que finalizaba con la oración de **Nona**.

Continuaron las presentaciones de las diferentes Fraternidades y siguiendo en atenta escucha hemos podido darnos buena cuenta de la diversidad de experiencias, las diferentes formas de vivir un mismo carisma desde la realidad concreta que a cada laico o fraternidad cisterciense le toca vivir. Hay comunidades monásticas apoyando y caminando con los laicos, otras que todavía no ven claro este

movimiento, otras más que pueden haber tenido alguna mala experiencia y no se atreven a repetir. Hay laicos integrados en Fraternidades y otros que no, bien por opción, bien porque en su monasterio todavía no hay una Fraternidad. Todo esto es normal pues el camino está por hacer y se irá haciendo según vayamos andando.

El hecho de conocer tantas experiencias nos abre a una dimensión global de sentirnos miembros de una gran familia. Quizás nuestros hermanos monjes/as estén más acostumbrados pues llevan muchos siglos viviendo una organización que está extendida por todo el mundo, pero nosotros -los laicos- somos ese pequeño brote que le está creciendo al gran árbol centenario que es el Cister y que además de reconocerse tiene que ser reconocido.

Hay dos dimensiones que me han sorprendido y que valoro como especialmente importantes. Una, que la vida laica cisterciense puede abrir al **ecumenismo**. El representante de una Fraternidad de Nueva Zelanda nos comentó que, en su país, anglicanos y católicos viven juntos la espiritualidad cisterciense (además de la acción pastoral de su iglesia local) y lo razonó de forma contundente: *"la Regla de S. Benito y la espiritualidad cisterciense son anteriores a las rupturas"*. La otra, que esa misma vida cisterciense laica, pueda ser cauce hacia la **unidad** como bien dijo el abad Bernardo Olivera: *"el laicado puede ser un elemento importante en el camino hacia la unidad cisterciense"*. Así es, en el Encuentro de Claraal, nos hemos juntado laicos vinculados a monasterios de diferentes ramas de la familia cisterciense y no parece que eso sea un impedimento para orar y compartir juntos. Quizás los laicos no sufrimos en carne las heridas históricas. Quizás la vida cisterciense laica no está tan condicionada como la monástica por estructuras de años, de siglos... Quizás haya que ir *"poco a poco y paso a paso"* como dice el abad general. Ya sabemos que en la vida monástica el tiempo tiene otra dimensión y los laicos estamos en aprendizaje.

Mientras, integradas en el horario del día, ha habido conferencias relacionadas con temas de la espiritualidad cisterciense. Así Puri Mendoza, de la Fraternidad de Atlas (Marruecos) habló sobre la pobreza. Francisco Ambrosetti, de la Fraternidad de Holy Spirit (Conyers -USA) sobre "La comunidad". Denyse Guerber de la Granja de Claraal disertó ampliamente sobre el tema "La RB en el cotidiano de un laico cisterciense".

La Eucaristía del domingo fue presidida por el abad Bernardo. *"¡Prefiero misericordia y no sacrificios!"* (Mt 9-13) decía el evangelio del día y en su homilía el abad nos dijo, entre otras cosas: *"El amor de misericordia ocupa un lugar central en la espiritualidad cisterciense. Bernardo de Claraal es testigo calificado de esta verdad"*. Y también: *"La misericordia es "amor entrañable"; en este sentido podemos decir que la misericordia de Dios es la manifestación femenina de su divino amor"*.

Durante estos tres días, los representantes de las Fraternidades se reunieron para elegir al nuevo Comité Internacional que en los próximos tres años deberá encargarse de dinamizar y preparar el siguiente encuentro; de ir abriendo y consolidando la comunicación entre fraternidades con los medios que nos ofrece el tiempo en que vivimos; hacer llegar al Capítulo General de abades y abadesas lo que se ha vivido y acordado en el Encuentro de Claraval; pensar para el próximo encuentro fórmulas para que ninguna fraternidad deje de estar presente, con algún representante, por problemas económicos, como ha pasado este año con una fraternidad de Ecuador.

El Comité Internacional recién elegido animó a los presentes a proponer lugares en donde realizar el próximo encuentro internacional. Hubo propuestas que serán estudiadas y, en su momento, se comunicará el lugar elegido para el IV Encuentro de Laicos Cistercienses - 2008. También el Comité hará llegar información del encuentro y una propuesta al Capítulo General de abades y abadesas, en su reunión del próximo mes de octubre.

La tarde del lunes 6, después de Nona, siguió un tiempo de intercambio libre con el abad general, quien sintetizando algo que flotaba en el ambiente después de las presentaciones de las fraternidades y personas vinculadas a diferentes monasterios, nos aclaró diciendo: *"Creo que nos encontramos ante la primera pregunta del próximo encuentro de laicos cistercienses: ¿Se puede ser laico cisterciense sin pertenecer a una fraternidad de laicos?"*.

Tenemos tres años para contestar/contestarnos esta sencilla pregunta. Ojalá dejemos que el Espíritu sople y nos mueva en el buen camino, intentando seguir dando forma -buena forma- al ya indiscutible movimiento laico cisterciense. Todos sabemos que cualquier actividad humana necesita una estructura, aunque sea mínima, pero sin poner barreras al aire, dejando que la diversidad sea riqueza, que lo diferente no asuste sino que llame al acercamiento para seguir creciendo juntos, que lo esencial prevalezca sobre lo organizativo.

Difícil tarea pero gran aventura si la vivimos con confianza, creamos vínculos y buena comunicación, y caminamos paso a paso sin prisas, con dos ingredientes indispensables: ilusión y discernimiento; sin olvidar ponerlo todo en la oración.

Acabada la sesión, fuimos de visita guiada a la abadía de Claraval: mitad cárcel (que por supuesto no se visita), mitad ruina. En general, creo que salimos bastante tristes e impactados. El lugar donde unos hombres se retiraban libremente del mundo para dedicarse a la búsqueda de Dios, se convirtió en lugar donde otros hombres son obligados a apartarse del mundo para cumplir una condena. El claustro de Claraval pasó de símbolo del paraíso a prisión. Dura visita.

A la mañana siguiente, último día del encuentro antes de partir cada uno a su destino, salimos de Claraval camino de Citeaux (unos 200 kms) para celebrar una jornada festiva con aquella comunidad. Fue un día que será muy difícil de olvidar porque se aunaron muchas cosas vividas todas desde la sencillez, la alegría y el espíritu de bienvenida.

El abad de Citeaux y algunos hermanos salieron a recibirnos hasta la misma entrada del jardín y juntos nos dirigimos a la iglesia para la oración. El abad Olivier y dos hermanos, envueltos sus hábitos en sendos delantales, provistos de una gran jofaina de brillante cobre, jarras y toallas blancas se dirigieron hacia los dos primeros bancos y fueron arrodillándose y lavando los pies a una representación de los laicos que participábamos en el encuentro. La liturgia se hace vida si la vida se ha orado, meditado y puesto en las manos de Dios.

Me atrevo a decir que cada uno de los que estábamos allí vivimos intensamente aquel momento. Ya el abad Olivier nos había introducido, con su conferencia sobre la diaconía cisterciense, en la idea del servicio y la acogida. Veníamos preparados para abrirnos a la emoción, la ternura y la comprensión de este signo litúrgico cargado de contenido sacramental.

La jornada siguió en un ambiente festivo y fraternal: comida con la comunidad en la hospedería, visita a los edificios históricos que han sido restaurados, como la biblioteca y el defensorio, lectura -por el P. Joël, prior de Citeaux- de unos textos de la "Carta de Caridad" del abad Esteban Harding, mientras permanecíamos sentados en unos bancos dispuestos de tal manera que dibujan el perímetro donde estuvo situada la primera y pequeña iglesia de Citeaux, aquella donde profesó como monje, Bernardo de Claraval. Aunque en Citeaux prácticamente no queda nada del monasterio de los orígenes, ya que las piedras no resistieron el envite de la revolución francesa, la vez anterior que estuve en estas tierras, comprendí que lo esencial permanece, al fin y al cabo "*c'est le même ciel, c'est le même Dieu*". El simple hecho de que estuviéramos allí indica que la herencia de aquellos monjes que llegaron a Citeaux sigue viva y en movimiento.

Volvimos a la iglesia para la oración y posteriormente el abad de Citeaux, en una especie de sala capitular para visitantes, nos dirigió unas palabras sobre la RB, contestó preguntas y, en ese ambiente festivo y alegre que recogía el espíritu celebrativo de todo el día, nos dirigimos de nuevo a la iglesia para las Vísperas con el arzobispo de Dijon que se acercó a compartir con los componentes del Encuentro. Por último, la gran "foto de familia" ante el cuadro de los Fundadores.

Un último detalle -entrañable- de la comunidad de Citeaux que no puedo dejar en el olvido: fuimos obsequiados con un rosario de cuentas de madera que hacen los monjes de la enfermería. Me trajo al recuerdo lo que dijo el abad Elredo de Rieval: "*A esto hay que añadir la oración de uno por otro*". Puedo imaginar a los hermanos que por enfermedad o ancianidad permanecen en la enfermería y van

hilando cuentas de madera, al tiempo que convierten este trabajo en oración de unos por otros. Sólo cabe dar las gracias por sus manos y su oración, y practicar lo que dice Elredo de Rieval.

Después empezaron las despedidas, el Encuentro había llegado a su fin. En los abrazos y en las palabras - "*À bientôt...*", "*Bye, bye... I'll see you...*", "*Nos veremos en el próximo encuentro...*"- quedaba bien claro que, como la mujer embarazada de la que hablaba al principio de esta personal crónica, nos vamos dando cuenta, unos y otros, monjes y laicos, que "*ha brotado un renuevo*" del tronco del Cister y que nada sabe tan dulce como la vida compartida desde el amor, el respeto y la diversidad.

Así, el lema de este III Encuentro de Laicos Cistercienses en Claraval: "**Venid y ved como se aman**", será la mejor forma de dar a conocer al mundo que la espiritualidad cisterciense es un camino común en la búsqueda de Dios para los que eligieron la vida monástica y para los laicos del mundo exterior.

Sólo podemos dar gracias a Dios por estos días de encuentro y pedirle sabiduría, paciencia e ilusión para ir creciendo y descubriendo por donde sigue el camino.

Mari Paz López Santos
Laica del Monasterio cisterciense de Santa. M^a de Huerta

Publicado en la Revista "CISTERCIUM" n° 240 (2005)